

ESCUELA DIPLOMÁTICA

**LAS CONQUISTAS HISPANAS DEL SIGLO XVI:  
LA FUNCIÓN DE LOS INTÉRPRETES,  
LENGUAS Y GUÍAS**

CONSUELO VARELA



## **LAS CONQUISTAS HISPANAS DEL SIGLO XVI: LA FUNCIÓN DE LOS INTÉRPRETES, LENGUAS Y GUÍAS**

**CONSUELO VARELA**

*Profesora de investigación*

*Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC*

En todo viaje de descubrimiento resulta imprescindible contar con un intérprete, un «lengua» como entonces se denominaba a este personaje, que pudiera poner en comunicación a los descubridores con las distintas sociedades con las que esperaban encontrarse. Los españoles de entonces no eran muy duchos en lenguas extranjeras. Apenas se contaba con intérpretes de árabe y de hebreo, dos lenguas que se hablaban con más o menos frecuencia en la Península. Por ello, Colón contó para su primer viaje con dos truchimanes que se manejaban con cierta fluidez en ambos idiomas. Uno de ellos incluso se atrevía a chapurrear algo de caldeo. Además, dado que se consideraba que el latín era la lengua universal que todo príncipe debía de entender, el almirante llevaba unas cartas escritas en la lengua del Lacio con el encabezamiento en blanco, para poder entregarlas en nombre de los reyes a los diversos mandatarios que se encontrara en su camino.

El intento, como bien sabemos, no funcionó: en las Antillas nadie podía manejarse en hebreo, árabe, caldeo o latín. Ni el almirante pudo entregar sus credenciales, ni Torres ni Jerez, sus intérpretes, pudieron ejercer su oficio. La pluralidad lingüística de las Antillas asombró a todos los cronistas. «No se entienden los unos con los otros más que nos con los de Arabia», «íbamos mudos y sin lengua» anotó Colón en su Diario.<sup>1</sup> «Cosa es maravillosa que en espacio de una jornada de cinco o seis leguas de camino y próximas y vecinas unas gentes con otras, no se entienden los unos a los otros indios», señaló Gonzalo Fernández de Oviedo.

---

<sup>1</sup> En C. Varela y J. Gil, *Cristóbal Colón, Textos y Documentos Completos. Nuevas Cartas*, Madrid, Alianza, 1992, pág. 74.

Sus habitantes hablaban unas lenguas ininteligibles. Para poder comunicarse las dos comunidades en contacto tuvieron que recurrir al «lenguaje de los gestos». Unas muecas silenciosas que al decir de Fernández de Oviedo se asemejaba a «la lengua con la que suele un mudo preguntar a otro mudo». «Las manos les servían aquí de lengua» dice el padre Las Casas.

Una veintena de años más tarde, cuando los españoles llegaron al continente norteamericano, la situación seguía siendo la misma. Y los problemas que esta incomunicación planteaba eran similares: para que los capitanes pudieran orientarse y avanzar en la jornada era preciso conocer las rutas y las dificultades del terreno y para que los sacerdotes que los acompañaban pudieran ejercer su misión era necesario conocer las diferentes lenguas indígenas.

La exigencia de contar con intérpretes obligó a los españoles a tantear diversas prácticas de captación de truchimanes, pues el oficio tardó en definirse y, además, el vasto espacio geográfico y la gran diversidad de lenguas exigieron soluciones de emergencia. Los intérpretes de oficio fueron una rareza en los primeros años de la presencia española en América. Así pues, los que ejercieron esa labor fueron personajes improvisados que desempeñaron un oficio que no era el suyo y para el que carecían de experiencia y formación.

Dedicaré mi intervención a analizar esta problemática en la Nueva España y en la Península de Florida. Dos territorios, como veremos, de características muy diferentes pero que ilustran a la perfección los distintos métodos que los conquistadores emplearon para una comunicación eficaz.

## 1. LOS «LENGUARACES» INDÍGENAS

Cuando Juan Ponce de León descubrió la Florida, en la primavera de 1513, un indio de aquella tierra se dirigió a ellos en castellano, prometiéndoles hacer un trueque de mercancías. La presencia de este indio ladino es prueba irrefutable de la anterior presencia de españoles que desde las Antillas organizaban —lo que entonces se denominaba «cabalgadas»— para apresar cautivos que les sirvieran como esclavos en las islas donde residían. Un hecho que no sorprendió a los que se dirigían a la Nueva España acostumbrados a tratar con mercaderes que, en virtud de su oficio, podían entenderse con los indígenas que llevaban como guías en sus flotas.

Entre los aborígenes que aparecen como intérpretes en las fuentes documentales la mayoría eran hombres y unas pocas mujeres capturados al azar para servir como indios lenguas. Rara vez conocemos sus nombres, bien porque su permanencia entre los españoles fuera breve, bien porque los cronistas no les dieran importancia. Solo se nos han transmitido los de algunos verdaderamente importantes, o la de unos pocos mencionados con el nombre cristiano que les dieron los conquistadores.

A menudo estos indígenas esclavizados eran llevados a las Antillas para que, una vez que aprendieran bien el castellano, sirvieran de intérpretes en sucesivas expediciones. Así, por ejemplo, en 1514 Ortubia y Alaminos regresaron desde la Florida a Puerto Rico llevando consigo a cuatro indios de Bimini, «que se llaman en christiano Antón e Alonso e Hernando e Simón», y a seis indios de la isla de Ciguateo, dos hombres, tres muchachos y una mujer con una criatura. Tres años más tarde, en 1517, cuando Francisco Hernández descubrió el Yucatán tomó con idéntico fin al indio Julián. Al año siguiente, ya ladino, Julián regresó a su tierra como intérprete de Grijalva. Al poco de desembarcar capturaron los españoles a un indio que les pareció listo y que Juan Díaz, el capellán de la flota, bautizó *in situ* con el nombre de Pero Barba, el nombre de su padrino. Enseguida se estableció la necesaria cadena: Grijalva le decía a Julián lo que había de transmitir a Barba y este a su vez se lo comunicaba a los indios. La cadena se rompió muy pronto, pues, a las primeras de cambio, los lenguaraces huyeron de las manos de los españoles. Y como comentaba Fernández de Oviedo,

«ved que verso habrían fecho en sus interpretaciones y que intención tenían de salvarse en la fe de Cristo, y cómo habían entendido el sacramento del bautismo que habían tomado».<sup>2</sup>

Estas cadenas de lenguas no fueron útiles en la Florida, debido a la existencia de unos 350 dialectos diferentes y a las condiciones de vida de los aborígenes que, como apenas se desplazaban a unos pocos kilómetros de sus aldeas, no conocían más idiomas que los suyos.

Sí, en cambio, estas cadenas fueron utilizadas con gran éxito en la Nueva España. Baste recordar el excepcional regalo que recibió Hernán Cortés en Tabasco: la Malinche, una bella cacica bien educada, entonces esclava, que hablaba el maya además del nahuatl, su lengua de nacimiento. Desde aquel preciso momento fue la Malinche, llamada doña Marina por los españoles, la intérprete que Cortés utilizó en su camino a Tenochtitlán. Para poder entenderse con ella don Hernán hablaba en castellano a Jerónimo de Aguilar, de quien trataremos más adelante, y éste a su vez se dirigía a la Malinche en maya y ella lo traducía al náhuatl.

También se dio el caso de indígenas que voluntariamente se unieron a las tropas colonizadoras ofreciéndose a aprender castellano y a acompañarlas en su aventura. Así, el cacique Apafalaya se brindó gustoso a ser el guía y la lengua de Hernando de Soto en la Florida. Sirvió muy poco, ya que desconocía las lenguas comarcanas. En otras ocasiones, eran los caciques quienes entregaban a los españoles a varios de sus indios con idénticos fines, quizá pensando que, de esa forma, los animarían a marcharse de sus tierras.

<sup>2</sup> G. Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1959, v. II, pág. 133.

## 2. INTÉRPRETES BLANCOS

Desde los inicios de la colonización los portugueses utilizaron un sistema peculiar para reconocer los territorios que iban descubriendo. En todas las tripulaciones enrolaban a un número indeterminado de «degradados». Eran estos unos condenados que o bien habían sido sentenciados al exilio o bien habían logrado conmutar su sentencia por un período de servicio a la corona en el extranjero. Los degradados cumplieron un rol de vital importancia, debido a las tareas que se les asignaban. Al llegar a una playa se desembarcaba a uno o dos de estos personajes para comprobar si eran bien recibidos. Pasado ese primer filtro, debían de internarse en el territorio durante unos días, mientras que el resto de la tripulación permanecía en los barcos, a fin de averiguar las posibilidades del terreno y tratar de poner en contacto a los dirigentes locales con el capitán portugués. Cuando el convoy retomaba su ruta, estos degradados quedaban en tierra con la orden vivir entre los indios, aprender la lengua local y averiguar todo lo que pudieran sobre el territorio en el que habían sido abandonados. Transcurrido el tiempo de la condena —si habían servido fielmente— eran reintegrados en la sociedad.

Conocemos los nombres y las actividades de muchos de ellos. Así por ejemplo citaremos a Alfonso Ribeiro y Alfonso Rodrigues, los primeros degradados portugueses en el Nuevo Mundo, dejados por Cabral en las costas brasileñas en 1500 que —recogidos 20 meses más tarde— regresaron a Portugal para dar cuenta al rey don Manuel de las características de las nuevas tierras. Resultaron ser excelentes intérpretes.

Sin embargo, no todos cumplieron su papel a la perfección. Muchos saltaron de los barcos durante la travesía, otros se internaron perdiéndose para siempre y algunos combatieron a sus paisanos, como el bachiller de Cananea, un converso dejado en 1502 en las costas de Brasil que, completamente indianizado, se convirtió en un caudillo blanco que logró formar un ejército que fue durante unos años el terror de portugueses y españoles.<sup>3</sup>

Los españoles, que yo sepa, nunca siguieron esta vía y solo conozco un caso de posible degradado: el de Cristóbal Rodríguez, apodado *la lengua*, el primer intérprete español en el Nuevo Mundo. No se debe a una casualidad que fuera Cristóbal Colón, que tan bien conocía el sistema de colonización portugués, el único dirigente que ordenó a uno de sus hombres que se internara entre los indígenas.

En esta primera época muchos blancos —bien perdidos o bien capturados por los indios— quedaron viviendo entre los indígenas. Algunos, como Alvar Núñez Cabeza de Vaca, miembro de la expedición de Pánfilo de Narváez con el cargo de tesorero y alguacil mayor, inició en Tampa en 1528 un viaje que concluiría en 1536 en Culiacán, México. En su largo cautiverio recorrió 11.000 kilómetros

<sup>3</sup> Luigi Avonto, «El Bachiller de la Cananea: un misterioso «Rey Blanco» en los albores del Brasil», *Revista de la Universidad de Montevideo*, Año 1, N.º. 1, 2001, págs. 103-122.

desde la Florida pasando por los actuales estados de Alabama, Misisipi y Luisiana. Reintegrado a la «civilización» describió su cautiverio en el libro *Naufragios y comentarios*, donde narró las vicisitudes de los cuatro supervivientes de la expedición y su periplo como esclavos y curanderos.<sup>4</sup>

Un caso muy llamativo es el dos supervivientes, Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, que habían sobrevivido al naufragio de un bergantín que hacía la ruta desde Darién a Santo Domingo en la flota de Nicuesa en 1511.

Cuando en 1519 la flota de Hernán Cortés desembarcó en Campeche, algunos indios se dirigieron a ellos gritándoles: «Castilan, castilan!». Cortés, seguro de que los españoles que vivían entre ellos estaban deseosos de ser liberados y ansiando poder contar con castellanos que hablasen el idioma de aquellas tierras, decidió contactar con ellos enviándoles unas cartas en las que les exhortaba a unirse a su expedición y marcándoles el punto de encuentro. Cuando, por fin, coincidieron no los reconocieron. Pensaron que eran indios. En un bote habían conseguido llegar a las costas del Yucatán y llevaban viviendo entre los nativos siete años. Gonzalo Guerrero hablaba mejor el maya que el castellano, se había tatuado el cuerpo, perforado las orejas y los labios y había formado una familia. Cuenta Bernal Díaz<sup>5</sup> que a los intentos de Aguilar para convencerlo para que se uniera a la expedición de Cortés Guerrero respondió:

«Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos. Tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras, la cara tengo labrada, y horadadas las orejas ¿que dirán de mi esos españoles, si me ven ir de este modo? Idos vos con Dios, que ya véis que estos mis hijitos son bonitos y dadme por vida vuestra de esas cuentas verdes que traéis, para darles, y diré, que mis hermanos me las envían de mi tierra».

Y añade el cronista,

«La mujer con quien el Guerrero estaba casado, que entendió la plática del Gerónimo de Aguilar, enojada con él dijo: Mirad con lo que viene este esclavo á llamar á mi marido, y que se fuese en mala hora, y no cuidase de mas. Hizo de nuevo instancia Aguilar con Guerrero, para que se fuese con él diciéndole, que se acordase que era cristiano y que por una india no perdiese el alma, que si por la mujer e hijos lo hacía que los llevase consigo, si tanto sentía el dejarlos».

Y concluye: «No aprovechó tan santa amonestación, para que el Gonzalo Guerrero (que era marinero, y natural de Palos) fuese con Gerónimo de Aguilar, que viéndole resuelto en quedarse, se fue».

<sup>4</sup> Publicada en 1542 en Zamora (España) y en una edición corregida y aumentada (con la adición del viaje del autor al Río de la Plata) 1555 en Valladolid.

<sup>5</sup> *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Imprenta de D. Benito Cano, 1795, pág. 109.

Por su parte, Gerónimo de Aguilar, incorporado a las huestes expedicionarias, desempeñó un relevante papel como traductor imprescindible cuando meses más tarde de su liberación la tropa de Cortés llegó al altiplano, como vimos más arriba.

He traído este ejemplo porque representa las dos maneras diferentes de actuar. Dos personajes, compañeros de la misma expedición, que vivieron la historia de manera muy diferente. El uno, Guerrero, se indianizó adaptándose a la nueva tierra donde llegó a convertirse en un cacique; el otro, Aguilar, que era diácono, vivió siempre pensando en retornar a España y continuó leyendo su libro de horas que celosamente había conservado durante todo su cautiverio, y por ello no llegó nunca a alcanzar una situación de privilegio entre los indios: como esclavo fue dedicado por sus captores a labores de labranza.

En la Florida encontró Hernando de Soto a Juan Ortiz, acompañante de Pánfilo de Narváez al Yucatán que retornó más tarde a la Florida, donde permaneció cautivo durante doce años. Cuenta Fernández de Oviedo que, al llegar la expedición a la Florida, justo cuando se les habían escapado los tres indios que llevaban de lenguas, súbitamente salió de entre un montecillo un hombre desnudo, embijado, que gritaba: «Señores, por amor de Dios y de Santa María no me matéis, que yo soy cristiano como vosotros, y soy natural de Sevilla y me llamo Joan Ortiz».<sup>6</sup> Y comenta el cronista: «El placer que los cristianos sintieron fue muy grande en les dar Dios lengua e guía en tal tiempo de que tenían gran necesidad». Fue Ortiz un intérprete eficaz que durante tres años, de 1539 hasta su fallecimiento en 1542, acompañó a Soto en su aventura. Remontando ríos, la hueste recorrió un amplísimo territorio pasando de Florida a los actuales territorios de Georgia, Carolina del Sur, Tennessee, Arkansas, Oklahoma y Luisiana. Don Hernando falleció «de fiebres», el 21 de mayo de 1542 a orillas del Misisipi. Aunque su jornada fue un fracaso conquistador, representó un éxito geográfico, pues se hizo una exploración inmensa en regiones desconocidas.

### **3. LA SITUACIÓN DEL INTÉRPRETE Y LA VALIDEZ DE SUS TRADUCCIONES**

A diferencia de los intérpretes que trabajaban para la administración, los de la primera etapa, los que acompañaban a los conquistadores en sus jornadas y los que ayudaban a los religiosos —mejores o peores—, no gozaban de ningún status especial. No cobraban sueldos y a lo más que podían aspirar era a un reconocimiento posterior.

Salvo casos excepcionales, que son los más conocidos, los cronistas de Indias nos muestran, en la mayoría de los casos, a estos intérpretes como hombres y mujeres desclasados. Los blancos cautivos que al ser rescatados causaban tanta

---

<sup>6</sup> Fernández de Oviedo, v. II, pág. 155.



alegría a la hueste descubridora en poco tiempo les producían reluctancia. Habían convivido con salvajes, comido carne humana y sabe Dios que más pecados habrían cometido. Algunos, transcurrido un tiempo con sus libertadores regresaron a los poblados, junto a sus mujeres e hijos o con sus amantes en el caso de los homosexuales. De otros, pronto olvidados, sabemos de ellos por los *Memoriales* que enviaban a la Península solicitando un reconocimiento que no se les daba.

El caso de los intérpretes indios era diferente. Bien es verdad que muchos regresaron a sus tierras, aunque la mayoría parece que prefirió seguir viviendo con los españoles, no porque esa vida les pareciera mejor sino porque sus compatriotas no se fiaban de ellos. La vuelta en muchos casos resultaba imposible.

Es difícil saber con exactitud la validez de sus traducciones. Las *Crónicas* recogen más los errores que los aciertos.<sup>7</sup> Así, por ejemplo, nos describieron la amena conversación entre Felipillo, el indígena lengua de Francisco Pizarro y el inca Atahualpa, transcurrida muy probablemente en presencia de Hernando de Soto, entonces en Perú. Felipillo, al intentar explicar la Trinidad, misterio incomprensible, «por dezir Dios trino y uno, dixo tres y uno son cuatro, sumando los números»; y, como comenta Fernández de Oviedo al narrar la anécdota, no lo hizo «maliciosamente, sino porque no entendía lo que interpretava [traducía]».

En cualquier caso, todo parece indicar que, salvo en los grandes conceptos, tanto los unos como los otros fueron intérpretes eficaces. Por ejemplo, en la confección de vocabularios. Cuenta Pigafetta, el italiano que formaba parte de la expedición de Magallanes-Elcano en 1519, cómo a lo largo del viaje fue capaz de componer varios utilísimos glosarios. Primero con su intérprete brasileño, después con el patagón y una vez en el Pacífico interrogando por señas a los mandatarios a los que tuvo acceso. De esta manera, y con infinita paciencia, logró el italiano confeccionar un vocabulario de las costas de Brasil de 12 palabras; uno patagón de 83; uno de la isla de Cebú de 160, de las que más del 80% están aún vigentes, y otro de 450 de las Molucas y Malaca.

Al igual que hiciera Pigafetta, Thomas Hariot, el astrónomo y matemático que acompañó en su viaje a las costas de Virginia a sir Walter Raleigh, utilizó a sus esclavos Manteo y Wanchese, a quienes había enseñado los rudimentos de la lengua inglesa, para confeccionar un vocabulario del algonkiano al que añadió, para ayudar a su pronunciación, un «alfabeto universal» de treinta y seis símbolos con el que, aseguraba, que se podía pronunciar correctamente no solo la lengua hablada en Virginia, sino también todas las habladas tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo.

La lista de vocabularios que se realizaron en estos años es amplia, pero estos léxicos no servían para la vida cotidiana pues, en general, estaban pensados para

<sup>7</sup> El cronista, por lo general, no conoce las lenguas de la región que describe y ha de fiarse de sus *lenguas*, al que habitualmente no citan.

ayudar a los sacerdotes en las confesiones. Solo voy a dar un ejemplo: el Pedro de Arenas, un tratante que vivía en la ciudad de Mexico que, ante la imposibilidad de contar con un buen truchimán, decidió en 1611 imprimirse su propio vocabulario. El mismo indicó su propósito:

No pretendo más elegancia de poder hablar con los indios y entenderlos, por lo cual acordé de escribir en lengua castellana las palabras, nombres, preguntas y respuestas que me acaescieron ser más necesarias para el referido efecto, lo cual hecho, lo entregué a un intérprete de los naturales de este reino, el cual las volvió en lenguaje mexicano... Hase puesto el romance castellano en letra bastardilla y la declaración en mexicano de letra redondilla.

El librito, del que se hicieron muchas impresiones, es una delicia. Arenas consideró aquellas situaciones más frecuentes de la vida común, como ir a comprar comida, vender caballos o enfrentarse al imposible negocio de contratar a un albañil, inventándose unos diálogos hispano-mexicanos muy sabrosos.

Estos intérpretes de la Nueva España, que traducían del castellano al nahuatl, se conocen con el nombre de nahuatlato. La primera documentación de la palabra está atestiguada en 1530. El vocablo pronto se generalizó, llegándose a convertir en sinónimo de «lengua» o de «intérprete» en toda la América hispana y, más tarde, en las Filipinas. Desde 1537, la legislación carolina aplica este término al intérprete destinado en las audiencias o al que acompañaba a los diversos oficiales en sus visitas de inspección, con independencia de las lenguas entre las que trabajara.

#### **4. LA ENSEÑANZA DE LOS RELIGIOSOS**

A medida que la conquista avanzaba, aparecían nuevas lenguas. En un principio fueron los religiosos los más sensibles ante la dificultad que ello suponía, entre otras razones, porque su misión evangelizadora no podía prosperar sin entenderse con sus interlocutores. Que sepamos, ninguno tuvo la suerte del santo eremita Pacomio, que solo sabía copto, y que milagrosamente, tras tres horas de rezos, adquirió el conocimiento del griego y el latín suficiente para poder confesar a uno de sus fieles que se negó a decir sus pecados con la intervención de un intérprete.

Fueron los franciscanos los primeros que establecieron colegios en el Nuevo Mundo. De estos salieron buena parte de las lenguas que auxiliaron a las comunidades en contacto.

Además de los colegios en los que se enseñaba gramática, latín y toda suerte de disciplinas, existieron unas escuelas de lenguas en las que se educaron muchos de los que más adelante actuarían como traductores e intérpretes. Las más conocidas

son las de la Nueva España. Juan de Herrera, lego franciscano instalado en Yucatán, fundó en 1545 en el monasterio de Maní, un «estudio de gramática para indios» del que salieron personajes bien conocidos como Gaspar Antonio Xiu, llamado «el gran nahuatlato», que era capaz de expresarse en cuatro lenguas, o Pablo y Pedro Pech, que escribieron la historia de sus pueblos. Por los testimonios del comisario fray Alonso Ponce, sabemos que fray Hernando de Guevara enseñaba en Valladolid, hoy Morelia, y fray Diego de Landa en Izamal, en un centro que en principio era de aprendizaje del maya para los frailes que llegaban a la Nueva España. Infortunadamente las fuentes nos ocultan los métodos empleados.

## 5. LEGISLACIÓN

La primera necesidad de la administración es entenderse con sus administrados y para ello ha de contar con intérpretes que faciliten las relaciones de la población con la administración civil y las autoridades encargadas del gobierno. La enseñanza del castellano a los indígenas posibilitó que el oficio de intérprete se fuera, poco a poco, conformando y adquiriendo un estado legal.

En las Leyes de Indias, recopiladas por Carlos III en 1776, en su Libro II, título XXIX, se recogen las catorce normas dictadas por Carlos V, Felipe II y Felipe III entre 1529 y 1630, referidas a las actuaciones de los intérpretes o «lenguas de yndios». Nada menos que ocho de ellas fueron decretadas por Felipe II, el gran rey ordenancista. Gracias a estas instrucciones conocemos las tareas que tenían asignadas los intérpretes y los actos en los que solían intervenir: otorgamiento de escrituras, declaraciones, confesiones y, en general, todo tipo de autos judiciales y extrajudiciales.

El intérprete era un cargo oficial, con la consideración de fedatario público, que tenía la obligación y el derecho de intervenir en todas las declaraciones judiciales de indios y estaba supeditado a un nombramiento oficial con fórmulas de juramento. En un principio, muchos encomenderos nombraban a sus criados —que no sabían castellano— como intérpretes que, en los actos administrativos, se limitaban a repetir las frases que les había dictado su amo. Ante las quejas de los jueces, Carlos I dispuso la obligatoriedad de que los indígenas pasaran un examen de castellano y de la lengua del lugar que tenía que ser aprobado por el cabildo de los indios. Una vez que fuere nombrado, el nahuatlato no podía ser removido sin una causa que lo justificara. Además tenían que ser sometidos a un juicio de residencia cuando la hubieren de dar los demás oficiales de las ciudades y cabildos en los que actuaban (título 13).<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Salvo en el caso de Michoacan, que por un privilegio especial el intérprete era propuesto por el cabildo indígena y el nombramiento aprobado por el virrey. Esta designación chocaba con los funcionarios españoles que preferían ser ellos quienes los eligieran, como de hecho ocurrió en no pocas ocasiones.

La designación era vitalicia y estaba dentro de los oficios «vendibles y renunciables», de manera que el titular tenía la propiedad del cargo y podía incluso cederlo (previa autorización) a un familiar.

Normalmente cobraban por trabajo realizado: de un interrogatorio de más doce preguntas, dos tomines, y «de doce preguntas y menos, un tomin y no más». Se les prohibía taxativamente recibir ninguna otra remuneración, —«aunque sean cosas de comer, ó beber»— (título 3)<sup>9</sup>. Cuando tenían que salir a negocios o pleitos fuera del lugar donde residía la Audiencia, cobraban de salario y ayuda de costa dos pesos; no percibían dietas ni de comida ni de alojamiento y les estaba vedado con fuertes multas que aprovecharan el viaje para hacer compañías o negocios por su cuenta (título 10).

Debían de acudir a los acuerdos, audiencias y visitas de cárcel, cada día que no fuere feriado y por las tardes tenían que presentarse en las casas del presidente y oidores de la Audiencia para asistirles, si eran requeridos para ello (título 4).

Los días de Audiencia habían de acudir a los oficios de los escribanos a las nueve de la mañana, para tomar la memoria que diere el fiscal, y llamar los testigos (título 5).

Tenían prohibido tratar con los indios que habían de acudir a los pleitos con anterioridad y durante los juicios (título 6), y no podían presentar causas en sus nombres ni ser sus procuradores (título 7).

El legislador ha de proteger a los indígenas de falsas traducciones de sus quejas. Por ello, los que tuviesen que declarar podían hacerse acompañar de un cristiano ladino, amigo suyo, «para que vea si lo que ellos dicen a lo que se les pregunta y pide, es lo mismo que declaran los nahuatlatoles, é intérpretes, porque de esta forma se pueda mejor saber la verdad de todo, y los indios estén sin duda de que los intérpretes no dexaron de declarar lo que ellos dixeron» (título 12).

## 6. ¿QUIÉNES EJERCIERON EL OFICIO?

Como es sabido, en Castilla el cargo desempeñado por el alfaqueque fue en muchas ocasiones transmitido de padres a hijos, lo que originó verdaderos linajes de intérpretes. Algunos fueron de noble cuna, como la dinastía de los Saavedra, que inauguró Juan Arias de Saavedra en 1439; otros tuvieron orígenes más modestos, como los Carrillo o los Cansino y los Rute, instalados desde el siglo XVI en el norte de África al servicio de jeques y sultanes. El Estado trataba así de garantizar la lealtad de los intérpretes al sistema. En el Nuevo Mundo, la situación se repetiría. Y, al igual que en la Península, prosperaron tanto descendientes de nobles como mestizos o indios puros.

<sup>9</sup> El intérprete de las audiencias gozaba de un especial estatus a los ojos de los nativos. En teoría, debía mantenerse neutral ante las partes para garantizar así que en los asuntos de los indios se impartiera justicia como convenía, y las infracciones a este código de comportamiento (abundaban, por ejemplo las denuncias por soborno) eran sancionadas con los correspondientes castigos.

La familia que más destacó en la Nueva España fue la Alva Ixtlilxóchitl. Fueron sus fundadores Juan Navas de Peraleda, de quien solo sabemos que actuó como lengua, y Ana Cortés Ixtlilchóchitl, padres de Fernando y Bartolomé Alva Ixtlilxóchitl. Ana era mestiza: su padre era descendiente directo del gobernante texcocano Nezahualcoyotl, el vencedor de Cortés en la Noche Triste. Como hijos de español y mestiza, los hermanos Alva se educaron en ambas tradiciones culturales, dominando tanto el náhuatl como el castellano.

Fernando (1568-1648), siguió una carrera administrativa: fue juez gobernador de indígena de Texcoco (1612), intérprete del Juzgado de Indios y gobernador de Tlamanalco (1621). Con objeto de dar a conocer a los españoles su nación redactó, entre otras obras de menor importancia, una *Relación Sumaria de la Historia General de la Nueva España* (c. 1600); una *Historia de Chichimeca*, y un *Compendio histórico de los reyes de Texcoco* (c1608).

Bartolomé, su hermano pequeño, dedicado a la letras y a la enseñanza, escribió un confesionario bilingüe náhuatl-castellano para uso de los sacerdotes<sup>10</sup> y tradujo al náhuatl obras de teatro coetáneas de Calderón de la Barca y en prosa, de Lope de Vega y de Mira de Amescua.

Así pues, dos hermanos, hijos y nietos de intérpretes españoles (nacidos ya en la Nueva España), sirvieron de traductores e intérpretes no sólo en las transacciones diarias de las audiencias y en la evangelización de la Nueva España, sino que el uno tradujo al castellano la historia de su linaje, y el otro tradujo al náhuatl las obras de teatro que se estaban escenificando en esos mismos años en España.<sup>11</sup>

Otros, como Hernando de Alvarado Tezozómoc, indio puro, nieto de Moctezuma, actuó en diversas ocasiones como intérprete de nobles mexicas en la real audiencia de México de la que tal vez fue intérprete oficial. Bilingüe, escribió para las dos culturas. Para los indígenas redactó en 1609 en nahualt la *Crónica Mexicayotl*, y para los españoles una *Crónica Mexicana* escrita hacia 1598.<sup>12</sup> En 1600, este nieto de Moctezuma se vistió como su abuelo para representarlo en una farsa que se hizo ante el virrey en México. Fue un perfecto mediador: intér-

<sup>10</sup> Bartolomé de Alva, *Confessionario mayor y menor en lengua mexicana y platicas contra las supresticiones [sic] de idolatria, que el día de oy an quedado a los naturales desta Nueva España, è instruccion de los Santos Sacramentos &c.* México D.F.: Imprenta de Francisco Salbago, 1634. En Michoacán el oficio de «intérprete general» de la provincia fue ocupado de manera hereditaria por miembros de una familia noble indígena de Pátzcuaro, los Salazar.

<sup>11</sup> El cacique don Juan de Sotomayor fue intérprete desde 1676; le siguió su primo, el también cacique don Nicolás de Cáceres Huitziméngari en 1692. La línea hereditaria se interrumpió en 1724, cuando se nombró a don Pedro de la Cruz Nambo, a quien sucedió su hijo Nicolás hacia 1743. Se trataba de personajes distinguidos, porque don Juan fue gobernador de Pátzcuaro en 1682; don Nicolás tuvo este honor en 1678, 1681, 1682 y 1696; don Pedro cumplió su obligación en 1712, 1716 y 1719 y su hijo don Nicolás en 1752 y 1753.

<sup>12</sup> No fueron publicadas hasta 1878.

prete de lenguas para los pleitos entre indígenas y españoles e intérprete teatral para mostrar a los españoles quien fue su abuelo.<sup>13</sup>

En general el oficio de intérprete fue ejercido por indígenas o mestizos educados en las escuelas franciscanas.

## 7. LA «HISTORIA PÓSTUMA»: POCAHONTAS Y JUAN ORTIZ

¿Qué fue de estos intérpretes? Salvo en el caso de Gerónimo de Aguilar y de Gonzalo Guerrero desconocemos el devenir del resto de los lenguas de esta primera etapa. Aguilar fue recompensado por Cortés en 1526 con tres encomiendas al norte del valle de México. Guerrero murió en 1536 luchando contra los españoles. Hoy en día es el héroe de Quintana Roo.

En cambio, las aventuras y desventuras de estos náufragos abandonados a su suerte y cautivos de los indígenas americanos fueron contadas y, a veces, noveladas por los cronistas. Así, por ejemplo, el cautiverio de Juan Ortiz, que dio lugar a una curiosa contaminación histórica.

Los comienzos de la conquista y colonización fueron difíciles para todas las potencias europeas. Los gastos eran inmensos y era necesario mostrar en Europa los logros. Entre ellos, no era el de menor importancia «enseñar» a los indígenas, que, por supuesto, no eran bárbaros y podían adaptarse a las mil maravillas en el Viejo Mundo.

Baste recordar a los seis indios que Colón trajo de su primer viaje y el paseo triunfal por la Península: desde Palos a Barcelona; el rey del Congo que fue presentado con todos los honores en la corte lisboeta o la embajada que el rey don Manuel envió al Papa con elefante incluido. Todo europeo que se preciara tenía en su casa un «indio». A Bartolomé de las Casas, siendo aún niño, su padre le trajo un antillano que tuvo que devolver cuando los Reyes Católicos prohibieron la esclavitud. La novedad no se limitó a España. Montaigne también tenía su «barbaro» particular, que no era tan bárbaro como sus conciudadanos creían: a él le dedicó páginas preciosas en sus *Essais*.

La primera indígena que llegó a Inglaterra fue Mataoka, más conocida con el nombre de Pocahontas, «Pequeña licenciada», el mote que le pusieron de niña en su tribu sin duda debido a sus desinhibiciones sexuales. Poco se conoce de su niñez, salvo que era hija de una de las varias mujeres de Wahunsenacawh, más conocido como *jefe Powhatan*, la tribu más cercana a Jamestown, la primera ciudad que los británicos fundaron en la actual Virginia.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Nacido hacia 1520 y murió después de 1610 en la misma ciudad donde nació. La misma que, allá por el año 1325, fundaron sus antepasados en un islote del lago Texcoco llamándola Tenochtitlán, pero que los españoles, desde 1530, bautizaron con el nombre de Ciudad de México.

<sup>14</sup> Una historia de Pocahontas en el libro de Grace Steele Woodward, *Pocahontas*, Palma de Mallorca, 2006.

Debió de nacer hacia 1595. En marzo de 1611 Pocahontas fue capturada por los ingleses con la pretensión de que su padre la intercambiara por algunos prisioneros que tenía en su poder. Wahunsenacawh soltó a los cautivos, pero no tuvo el más mínimo interés en recuperar a su hija, quien, según Thomas Dale, prefirió quedarse entre los blancos a la vista de que su padre la valoraba «menos que viejas espadas, monedas y hachas».

Pocahontas fue conducida al nuevo poblado Henricus, donde no solo aprendió a hablar inglés, sino que también se convirtió al cristianismo, recibiendo el nombre de Rebeca. Al poco de llegar, Pocahontas conoció a un viudo John Rolfe, un empresario del tabaco, que al punto consideró pedirla en matrimonio, no sin vencer sus escrúpulos de conciencia, como aclaraba en una carta al gobernador en la que le pedía permiso para casarse con ella, expresando tanto su amor como la posibilidad de salvar su alma.<sup>15</sup> Tras recibir el beneplácito del gobernador, Pocahontas y Rolfe se casaron el 5 de abril de 1614 y un año más tarde, el 30 de enero de 1615 nació su único hijo Thomas. Todo parece indicar que la boda, a la que asistieron como testigos el jefe Powhatan y una nutrida representación indígena, creó un clima pacífico entre los colonos de Jamestown y las tribus vecinas durante largos años. Como aseguró Ralph Harmor en 1615, desde la boda «tuvimos comercio amistoso y no comerciábamos solamente con Powhatan, sino también con sus súbditos».<sup>16</sup>

Los patrocinadores de los colonos de la Compañía de Virginia empezaron a tener dificultades para atraer nuevos plantadores e inversores a Jamestown. En una junta municipal los vecinos de Henricus decidieron usar a Pocahontas como incentivo y evidencia para convencer a los británicos que los nativos del Nuevo Mundo podían ser «domesticados». Antes de organizar la marcha solicitaron de John Smith, uno de los primeros colonos de la Compañía que entonces se encontraba en Inglaterra, que escribiera a la Reina Ana recomendando a la pareja y rogando que Pocahontas fuera tratada con el respeto de un visitante de la realeza.

En 1616 la familia Rolfe viajó a Inglaterra, llegando al puerto de Plymouth el 12 de junio, desde donde viajaron a Londres en carruaje. Iban acompañados por un grupo de alrededor de once nativos Powhatan y del chamán Tomocomo. Pese a que el rey Jacobo había sido contrario al matrimonio, lady Rebeca fue tratada en Londres con todos los honores y recibida en Whitehall el 5 de enero de 1617, donde asistió a una representación de la *Visión del Paraíso* de Ben Johnson. Tal acontecimiento mereció que Pocahontas fuera retratada por el pintor de corte Simon van Passe. Ni que decir tiene que también fue agasajada por la familia de Rolfe cuya casa visitó.

<sup>15</sup> Los textos de los primeros colonos ingleses en Norte América citados a continuación los he obtenido en. *First Hand Accounts of Virginia, 1575-1705*. [Original Spelling Versions] en *Virtual Jamestown Project*. Rolfe, Letter to Thomas Dale, p. 851.

<sup>16</sup> Ibidem, Harmor, *True Discourse*, p. 809.

En marzo de 1617 los Rofle se embarcaron en Londres para regresar a Virginia. Al poco de zarpar Pocahontas se sintió indispuesta; pronto se descubrió que tenía viruela. Murió el 21 de marzo a los 21 años de edad. Un día más tarde se celebró el funeral en la parroquia de San Jorge de Gravesend. Se desconoce donde fue enterrada.

Hasta aquí la historia de Pocahontas. Veamos ahora la de Juan Ortiz. El Fidalgo de Elvas<sup>17</sup>, en los capítulos VIII y IX de su crónica narró con detalle el encuentro de Hernando de Soto con Juan Ortiz, que el mismo como participante de la expedición había presenciado, así como algunas anécdotas de su vida en cautiverio. Náufrago de la expedición de Pánfilo de Narváez, como se señaló más arriba, logró Ortiz, junto con otro compañero cuyo nombre desconocemos, desembarcar de su humilde bote en una playa de la costa sur de la bahía de la actual Tampa cerca de una aldea dominada por el cacique Ucita. Los españoles fueron mal recibidos por los aborígenes: el acompañante de Ortiz murió asaeado y el mismo resultó gravemente herido. Quizá como un acto ritual, ordenó Ucita colocar al superviviente sobre unas barras a modo de pira para proceder a su ejecución. Cuando estaba a punto de ordenar que se prendiese fuego, su hija Ulele, arrojándose sobre el español, rogó a su padre que le perdonase la vida con un argumento irrefutable: un solo hombre poco daño podría hacerles. Accedió Ucita a la petición e incluso consintió que le fuesen curadas sus múltiples heridas. Convertidos en amantes, Juan Ortiz vivió junto a Ulele durante tres años gozando de una cierta tranquilidad hasta que un buen día Ulele le advirtió que su padre, cambiando de opinión, había decidido matarlo. Temerosa, la india lo aconsejó que se fuese con el cacique Moscoço, buen amigo de ambos, y al anochecer lo acompañó hasta indicarle la dirección que había de seguir para salvarse. Por dos veces la joven Ulele había librado la vida del español.

En 1624 salía de las prensa el tercer libro de John Smith, *The Generall Historie of Virginia, New England and the Summer Isles*, donde Smith contaba, de nuevo, cómo había sido capturado por los Powhatans. A diferencia de las versiones anteriores, ahora resultaba que cuando, tumbado sobre una piedra, estaba a punto de ser ejecutado, la joven Pocahontas se había arrojado encima de él pidiendo a su padre clemencia. Esta valerosa acción le salvó la vida. Desde entonces, según Smith, Pocahontas fue la más fiel aliada de los ingleses, pues no solo les indicó dónde podían encontrar comida, sino que también, y eso era más importante, les advirtió de los planes de los Powhatans. Una historia casi idéntica a la de nuestro náufrago Juan Ortiz.

---

<sup>17</sup> Véase mi trabajo, «De Jerez de los Caballeros al Misisipi. Hernando de Soto en la *Relación* del Fidalgo de Elvas» en Jacobus. Para el texto del Fidalgo he manejado la edición de M<sup>a</sup> de Graça Mateus Ventura, citada en la Bibliografía.



Pronto se descubrió la superchería, pues el bueno de Smith ya había inventado una historia similar cuando relató que en 1602, capturado por los turcos, había sido rescatado en Hungría por la intervención de una bella jovencita hija también de un noble.<sup>18</sup> Los defensores de Smith han señalado que sus dos primeros libros, *A true Relation of such Occurrences and Accidents of Noate as hath Hapened in Virginia* y *A map of Virginia*, publicados en 1608 y 1612, eran de interés etnográfico y geográfico mientras que éste era más literario y por ello se podía permitir esas licencias. Unas licencias que recordaban de alguna manera a viejas historias como la de Medea, la hija del rey Eetes que salvó la vida de Jasón con quien se fugó o la de Ariadna o la de la hija de Minos, que con su hilo condujo a Teseo a través del laberinto.

¿Cuál fue la fuente que inspiró a Smith esta curiosa anécdota? Ni más ni menos que la lectura de la *Relación* de la jornada de la Florida del Fidalgo de Elvas, que Richard Hakluyt había traducido e incluido en 1609 en su *Colección* de viajes con el sugestivo título, *Virginia richly valued by the description of the Maine land of Florida her next neighbour, out of foure yeers continuall travell and discoverie for above ne thousand miles est and west of don ferdinando de Soto, ans six hundredable menin his companie. Wherein are truly observed the riches and fertilitie of those parts abounding with things necessarie, pleasant, and profitable for the life of man; with the nature and dispositions of the inhabitants. Written by a Portugall gentleman of Elvas, employed in all the action, and translated out of Portugueses by Richard Hakluyt*. El texto tuvo enorme éxito, como demuestra el hecho de que se hiciera una segunda edición dos años más tarde con un título más corto, *The worthy and famous historie of the travailles, Discovery, and conquest of terra Florida*.<sup>19</sup>

Smith no necesitaba adornarse. Era un hombre muy conocido. De joven, por sus aventuras como soldado de fortuna en la Europa oriental y el norte de África; había sido el primer Presidente de Virginia y más tarde el descubridor en Maine de la bahía de Massachusetts, a la que llamó Nueva Inglaterra. Sus libros y su mapa de Virginia gozaron de enorme éxito. Los más piadosos con su persona han querido ver en la suplantación un deseo de ensalzar a Pocahontas y a sus gentes para animar a los ingleses a cruzar el Atlántico.

Fuera por ello o por pura vanidad, la realidad es que Smith hizo famosa a Pocahontas, pero no en su época, sino mucho más tarde. A comienzos del siglo XIX cuando los americanos del Norte, independizados de los ingleses, necesitaban héroes, recordaron a Pocahontas y reinventaron su historia de amor

<sup>18</sup> Así en Karen Ordashl Kupperman, *The Jamestown Project*, Cambridge, Harvard, 2007, págs. 51-60.

<sup>19</sup> Las hazañas del sevillano fueron también narradas por el Inca Garcilaso y por Gonzalo Fernández de Oviedo. Cualquiera de esos tres textos, que conocía Hakluyt con quien Smith tenía contactos, fueron los que sirvieron de base al inglés para embellecer su curriculum.

con Smith y su posterior matrimonio con Rolfe, que solo se casó con ella para entroncar con la nobleza local.<sup>20</sup> Huelga decir que cuando en 1840 se erigió el Capitol en la Rotonda se colocaron unas metopas de John Gadsby Chapman representando la historia de Pocahontas, desde su intervención para salvar a Smith hasta su conversión y bautismo. En el siglo pasado la Compañía Disney produjo dos películas narrando la historia en la que, por supuesto, nuestro Juan Ortiz no aparece ni por asomo.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> John Davis *Travels in the United States of America*, pág. 291.

<sup>21</sup> En 1995 y 1998 las de Disney, y en 2005 *El Nuevo Mundo* de Terrence Malick.

## BIBLIOGRAFÍA

Arenas, Pedro de, *Vocabulario manual de las lenguas castellana, y mexicana*, La Puebla de los Angeles, en la oficina de don Pedro de la Rosa, en el portal de las Flores, 1793.

Avonto, L. «El Bachiller de la Cananea: un misterioso «Rey Blanco» en los albores del Brasil», *Revista de la Universidad de Montevideo*, Año 1, N°. 1, 2001

Davis, John, *Travels in the United States of America*, Londres, R. Edwards, 1803.

Díaz de Castillo, B., *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Imprenta de D. Benito Cano, 1795.

Fernández de Oviedo, G. *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1959.

*First Hand Accounts of Virginia, 1575-1705*. [Original Spelling Versions] en *Virtual Jamestown Project*. En red: <http://etext.lib.virginia.edu/etcbin/jamestown-browse,id=J1009>.

Ordashl Kupperman, Karen, *The Jamestown Project*, Cambridge, Harvard, 2007.

*Relação verdadeira dos trabalhos que o governador D. Fernando de Souto e certos fidalgos portugueses passaram no descobrimento da provincia da Florida. Agora novamente feita por un Fidalgo de Elvas*, texto, introducción, notas e índices de M.<sup>a</sup> Graça Mateus Ventura, Lisboa, Colibrí, 1998.

Steele Woodward, G., *Pocahontas*, University of Oklahoma Press, 1969.

Varela, C. y Gil, J., *Cristóbal Colón, Textos y Documentos Completos. Nuevas Cartas*, Madrid, Alianza, 1992.

Varela, C., «De Jerez de los Caballeros al Misisipi. Hernando de Soto en la *Relación* del Fidalgo de Elvas» en *Jacobus*. 25-60, Homenaje a J. Verisimo Serrão. 2009.